

DOSSIER

—

PRESENTACIÓN

Franca Maccioni
Juan Manuel Conforte

Desde sus inicios, la filosofía de occidente se ha planteado la relación entre filosofía y modos de vida. Quizás tratando de escapar a las contingencias de la vida en común, no tardó en postular un lugar y un tiempo en el cual el ideal filosófico de convivencia pudiera cobrar forma. Desde *La República* de Platón o, mejor, desde las *Leyes* (donde se plantea la idea del filósofo gobernante) hasta las contraposiciones entre el marxismo y el socialismo utópico, el pensamiento *utópico* no ha dejado de desvelar al pensamiento occidental.

La *utopía* estuvo signada por la postulación de un ideal de hombre y de organización social y cada época tuvo su reivindicación de ese hombre futuro o la idealización de un hombre del pasado, perdido en alguna edad de oro de la civilización. En este sentido, la filosofía peleó patéticamente, dice Platón, contra la ciudad, no encontrando en ella más que el enemigo corrompido de lo que el hombre y la ciudad ideal podrían ser. El pensamiento *utópico* del renacimiento postuló al hombre en su estrecho vínculo con dios; al menos a una ciudad que correspondiera a los designios divinos. El romanticismo trató de *aislar* un sujeto que no tuviera los atributos ni del salvaje ni del hombre corrompido por lo social; una suerte de *buen salvaje* que podía lograr una unión armónica con la naturaleza. El marxismo y el pensamiento emancipador postularon una organización social sin propiedad privada y un hombre que realiza con su propio trabajo un ideal de libertad. En cualquier caso, la *utopía* siempre funcionó a partir de una segregación de aquello que corrompía al ser humano, o que sencillamente lo convertía en in-humano: los pecados, la barbarie, o lo que configuró finalmente la intimidad o la vida privada: todo eso está eliminado de la *utopía*. Por lo cual la realización de la utopía no es a costa sino de un *sacrificio* esencial y de la instauración de un orden riguroso. La *utopía* deviene, en su práctica, total y totalizadora.

Luego de la instauración de los regímenes totalitarios en Europa, la contrapartida de las *utopías* comienza a ser la *distopía*. En *Diario de las estrellas*, Stanislaw Lem presenta un planeta en el cual la organización política se basa en que cada ciudadano no puede ejercer un rol por más de seis meses. Pasados seis

meses, si es casado pasará a ser soltero, si es abogado pasará a ser maestro, etc. De esta manera el estado se garantizaría que la población no caiga en el principio de alienación primordial; no solo la propiedad privada, sino el principio en el que se basa: la identidad, incluso la intimidad misma. El sujeto que se puede deducir del relato de Lem es el sujeto distópico por antonomasia, es un sujeto sin identidad o con una identidad provisoria, no permanente, pero completamente alienado al sistema que le impone un régimen. También este hombre sin identidad es un hombre sin marcas, sin huellas (sean estas borradas o evocadas). La *distopía* se muestra como un reverso concreto de la *utopía*. La promesa de libertad se convierte así en la constitución de una alienación aún mayor.

Las *distopías* del siglo xx fueron decisivas para la reflexión sobre el *poder* y la *ideología*: lejos ya de proponerse un *pensamiento terreno* que pudiera dar cuenta de una organización “casi” perfecta, las *distopías* llevaron hasta el extremo el pensamiento *utópico* y lo volvieron contra sí. El reverso de una *ciudad perfecta* (o perfectible) se convirtió en la evidencia de una *represión* lograda. Se produce así el *matrimonio entre la utopía y el poder*. El sujeto distópico es aquel que, cumpliendo con ciertos ideales, vive en la más posible de las alienaciones. De esta manera se acerca mucho al tipo de vida que cierta tradición literaria ha denominado como *vida gris*: vida que comenzó a instalarse ya en el mundo de guerra y posguerra; una vida completamente alienada al mundo del trabajo y del consumo. *Un lugar adecuado para todos, y cada uno en su lugar adecuado*: así resume Zizek el prototipo de ideal totalitario. Modo de vida que, de algún modo, el capitalismo (con sus tecno-bio-necro-políticas) no ha hecho más que extender. El capitalismo, según se da a entender en el presente *dossier*, funciona por un ineludible principio de realidad que cancela cualquier potencialidad de la imaginación y homogeneiza las prácticas a través de rituales de consumo, supeditando cualquier forma de vida, cualquier forma de habitar un cuerpo, al goce de sus imposiciones.

Ese tipo de goce solo puede ser puesto en cuestión por aquellos sectores que quedaron excluidos. Junto con las críticas, vuelven a postularse, entonces, teorías emancipatorias que tratan de pensar una política de la resistencia. Aún así, el enredo de todo pensamiento emancipatorio ha sido, y sigue siendo, el cómo *imaginar* una realizable *vida verdadera*. Siguiendo una sugerencia del libro de Silvia Schwarzböck (*Los espantos*, 2016), pero también de otros pensadores de la izquierda postmarxista como Slöterdijk o Rancière, el diagnóstico daría cuenta del atolladero del pensamiento contemporáneo a la hora de postular propo-

siciones positivas de modos de vida *más allá* del principio de goce capitalista. Zizek, por caso, en la introducción a la reciente traducción al español de uno de sus primeros libros, *La permanencia de lo negativo*, llama la atención sobre el hecho de que toda ficción sobre una vida más allá del capitalismo se funde en un acontecimiento de destrucción *utópica*.

Pero, siguiendo el rastro de lo negativo, el lugar de la *utopía*, según el neologismo de Tomás Moro, es *sin lugar*. Utopía (ou, de no, y topía de lugar) significa literalmente “no- lugar”, o “lugar que no existe”. Es decir, lugar sin lugar. Es así que, si bien podemos pensar las *utopías* como cierto reparto de lo sensible desde un punto de vista ideal y borrando siempre aquello que es disruptivo del orden social, también podemos imaginar la *utopía* como aquello que rompe con el espacio tiempo de la experiencia ideológica, o de la mera vivencia.

Es decir, algo resta.

Este dossier es prueba de ello. Una pasión sin objeto, quizás, un impulso utópico sin *utopías*. De seguro, una fuerza: la del pensamiento y la imaginación (política, filosófico-especulativa, estética...) que insiste en abreviar en la duplicidad de la potencia utópica/distópica para, en un mismo gesto, negar lo dado, desplazar lo real, recusar el realismo funcional imperante y renovar, cada vez, la afirmación de un ineludible deseo de alteridad. Hoy, la tarea de las *utopías* ya no parece ser la de imaginar mundos posibles o imposibles; ensueños ideales o pesadillas distópicas del progreso. La *utopía* vuelve, en cambio, a ese lugar sin lugar que propone su etimología, o el cruce de su neologismo: a crear islas de vacío en el mapa de lo existente; a abrir lo heterogéneo en la infinitización de lo mismo; a romper con un principio siempre binario de la realidad; a la irrupción de un real que horada el plan(isferio); a interrumpir incluso un principio de placer que homogeneiza las prácticas hacia un imperativo de goce. En este sentido las *utopías* pueden ser el anagrama de lo singular, es decir lo sinlugar de prácticas concretas que apuestan al desastre. Desastre entendido como Blanchot lo comprende, como un verdadero cambio de astro, como la irrupción siempre incómoda de nuevos modos de vida...